

ESTUDIO BIOGRAFICO DEL
MEDICO ESPAÑOL D.
CLAUDIO DELGADO

1

Ramón Claudio Delgado y Amestoy vino al mundo en la noche (9 p.m.) del 8 de noviembre de 1843, en la casa número 13 de la calle Mayor, en la ciudad de San Sebastián (Guipúzcoa), España.

Fue su padre, don Manuel Delgado, organista de la iglesia parroquial de Santa María de la Matriz, de dicha ciudad; cuyo cargo es fama, fue siempre desempeñado por músicos y compositores distinguidos. Llamóse su madre, doña Catalina Amestoy, natural de Zarauz. Fueron sus abuelos paternos, don Antonio, natural de Jaén, y doña Anacleto de Ubilles, natural del propio San Sebastián; y los maternos, don Juan Bautista y doña María Antonia, naturales de Zarauz.

Le condujeron ante la pila bautismal, en calidad de padrinos, don Pedro Zabaleta, profesor de violín, y doña Claudia Echegaray, naturales ambos de San Sebastián.

Uno de sus hermanos, llamado Nazario, abrazó la carrera religiosa, ocupó el puesto de preceptor de los condes Lambert y falleció siendo canónigo de una catedral española.

Del lugar del nacimiento de don Claudio, nos habla con bellas palabras el doctor Saturnino Picaza en su discurso de la Academia de Ciencias de La Habana (3 de diciembre de 1941) que dijo: «Nació en tierras de hidalgos, de místicos y de navegantes, en tierra de contrastes bravios, donde la esmeralda de un campo le da la mano al farallón, de grandeza sombría, o a la empinada montaña, que ninguna planta enemiga holló jamás, y que comunica a sus hijos, como presente materno, con la firmeza de sus farallones, el temple de los filones de hierro, que atesora su seno. Pueblo de montañeses > marineros, el genio de la tierra graba en el cerebro vasco, con su uña de-

acero, la perseverancia, la entereza, la confianza en sí mismo y el amor a la independencia, patrimonio de montañés, con la pugnacidad, el amor al progreso, la tolerancia y la inquietud de lo nuevo, de los pueblos que, en su lucha con el océano, libran el sustento.» (Bibli. N^o 1)

De ese rancio y honroso linaje vasco, escribió a su vez Mariano Martín, erudito y notable demógrafo cubano, en sus «Remembranzas de mejores sanitarios», de la revista «Novedades», en 1943 (Bibl. 2). «Su linaje vasco, denotaba el tesón y temple de toda su vida, como caballero del deber. Todos conocemos las tradicionales virtudes del pueblo vasco; pueblo de montañeses y marinos, recio de cuerpo y alma; pleno de amor a su independencia; de entereza viril; la historia está llena de sus hazañas en el áspero y agitado mar, tanto en sus luchas con las galernas que agitan con suma violencia el Cantábrico, como en las guerras que hicieron ilustres los nombres de Churrua y Gravina, héroes de Trafalgar.»

Y en efecto, nunca mejor aplicada esta fina descripción, ya que la vida toda del doctor Delgado, en curiosos símil, es comparable al paso de una nave, fuerte, bien construida y mejor dotada, por los procelosos mares de una vida de trabajo, de lucha tenaz, de constante batallar contra las adversidades del destino, primero; contra la incomprensión, la ironía y hasta la burla hiriente, después; cuando cruzado fervoroso de la amistad más pura, de la lealtad más inmovible de que la historia de la ciencia se ha hecho eco, unión sus arrestos científicos, su preparación excepcional, su entereza vascongada a un carro que, a fines del pasado siglo, y en el decurso de 20 años de un lento y casi inútil avanzar a través de intrincada selva de oscuridad y de ignorancia, sin otros caminos que los prejuicios, leyendas, consejos y viejas tradiciones, conducía aquel visionario de la ciencia, aquel cubano de silueta *panamericana*, pero de proyección universal, que se llamó Carlos J. Finlay y de Barrés.

Desde muy niño perdió a sus padres, guardando, por tanto, de ellos, muy vagos recuerdos. Se hizo cargo de él, su madrina, Dña. Claudia Echegaray, que con noble empeño trató de sustituir a los padres desaparecidos, dándole una excelente educación — para su época — que incluía, además de lectura, escritura y diversas disciplinas escolares, la enseñanza de teneduría de libros, violín, pintura y el idioma francés.

Dña. Claudia se hallaba unida por lazos de parentesco, con el notable dramaturgo don José Echegaray. Que era dama muy apreciada en la buena sociedad donostiarra de mediados del siglo pasado, lo pudo comprobar en el periódico «La Voz de Guipúzcoa», la notable escritora asturiana, doña Eva



Dn. Manuel Delgado
(el padre)



Doña Catalina Amestoy
(la madre)

Canel, que lo refiere en un artículo suyo publicado en el periódico cubano «Diario de la Marina», de fecha 19 de octubre de 1916, bajo el título «San Sebastián se ha dado cuenta».

Pero la desventura sigue abatiendo al joven Delgado, que pierde también a su buena protectora y entonces decide ir a Cuba «a buscar fortuna» como tantos otros inmigrantes españoles, que esperaban encontrar en América el tan ansiado vellocino de oro.

Y es así cómo Claudio Delgado, al descender del velero español «Almirante», que le condujo hasta la Habana en diciembre de 1857, a la edad de 13 años y sin familiar alguno, viene a dar, siendo un niño, a la ciudad de Cienfuegos, llamada «Perla del Sur», en la provincia de Santa Clara (hoy Las Villas).

«Nada sobre su vida en los primeros años —confiesa Martín, su biógrafo antes citado— . . . ni conocemos las causas de un cambio en sus aspiraciones. . . Algo he oído de que se dedicara a tareas de contabilidad comercial en Cienfuegos. . .»

En efecto, según datos familiares, se coloca en esa ciudad en calidad de tenedor de libros y de perito calígrafo; y allí adquiere la amistad de Antonio Díaz Blanco, al que inicia también en las áridas cuestiones de la teneduría. Como veremos más adelante, había de hallarse ligado a él para todo el resto de su vida.

En Cienfuegos, donde permaneció siete años, mientras inscribe cifras y facturas, sentado en altas banquetas frente al elevado escritorio de lóbregos almacenes de productos comerciales, su inquieta mentalidad juvenil comienza a esbozar la idea de estudiar la carrera de Medicina. No sabemos qué hechos o qué recuerdos moverían su espíritu a tomar semejante resolución, pero a fuer de conocedores a fondo de su espléndida labor en tan noble profesión, podemos asegurar, que su mentalidad, maravillosamente dotada, su extraordinario desinterés, sus sentimientos caritativos, su amor al prójimo, fueron las cualidades que, de consumo, unidas a alguna recóndita tendencia vocacional, lo inclinaron por sí mismo al estudio de tan ardua —por lo larga y difícil— profesión, en la que habría de brillar con luz propia, como astro de primera magnitud.

Tras de ímprobo trabajo, percibiendo un modesto sueldo y siéndole imprescindible cursar primero estudios de Bachillerato, con los escasos ahorros que había podido acumular, se traslada a la Habana en el año 1864 y, pasando visicitudes mil, llevando los libros de determinadas modestas casas comerciales y pintando y vendiendo algún que otro cuadro, cursa los 5 años

necesarios y se gradúa de Bachiller en Artes en el Instituto de Segunda Enseñanza de la Habana el 20 de junio de 1868, con la nota de Sobresaliente.

Inicia de inmediato los estudios Superiores de la enseñanza médica en la antigua y Pontificia Universidad de San Cristóbal de la Habana y a pesar de que, perseguido como siempre por la adversidad, se veía precisado a continuar sus pinturas y su teneduría de libros para sufragar los gastos de matrículas, viviendas y comida; su aplicación y verdadero interés por los estudios, quedarán plenamente demostrados por la siguiente somera descripción de su expediente universitario, entresacado de los documentos que de él se conservan en la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana (V. Bibl. 3).

En el Año Académico de 1868 al 69, estudia las asignaturas correspondientes al Curso de Ampliación de Medicina, que eran en aquel entonces: Química General, Física Experimental e Historia Natural, siendo examinado en las tres- y obteniendo la nota de Sobresaliente en ellas y el Premio ordinario en la última.

En el Académico de 1869 al 70, da comienzo a los verdaderos estudios médicos, matriculando, cursando y aprobando: Anatomía Descriptiva (1er. Curso), con nota de Sobresaliente y ganando, por su asistencia asidua, los ejercicios de Disección y de Osteología, ya que en las mismas no se efectuaban exámenes.

De 1870 al 71, cursó Anatomía Descriptiva (2do. Año), Fisiología y Anatomía General; obteniendo en las tres la nota de Sobresaliente y, además, el Premio ordinario en la última. Obtuvo, además, por su asistencia a clases, el correspondiente Pase en los ejercicios de Disección (2º Curso).

1871 al 72: en este año, cursó y obtuvo notas de Sobresaliente en las asignaturas de Patología General con su Clínica, Patología Externa, Anatomía Patológica, Terapéutica, Materia Médica y Arte de Recetar e Higiene Privada. Y ganó, además, en este Curso, el Premio ordinario en la primera y la última de esas materias.

1872 al 73: Cursó y aprobó con Sobresaliente, las asignaturas de Patología Interna, Anatomía Quirúrgica, Obstetricia, Enfermedades de Mujeres y Niños.

El 23 de junio de 1873, efectuó sus ejercicios de grado para el título de Bachiller en Medicina y Cirugía, mereciendo del Tribunal examinador, la nota de Sobresaliente.

1873 al 74: Al comenzar este Curso, concretamente, el jueves 30 de octubre de 1873, el alumno del 5º año de Medicina, Dn. Claudio Delgado

---según datos que obran en los documentos de la Academia de Ciencias de

la Habana— lee y sostiene una tesis titulada: ¿«Deberá emplearse alguna vez el Método Espectante en el tratamiento de las enfermedades»?», cuya lectura asombra por el buen juicio y discernimiento que demuestra su joven autor. Tomaron parte en su discusión los alumnos Dn. Emilio Lázaro y Linares, Dn. Alfredo Valdés Gallol y Dn. Juan Bautista Ferrari. El propio Delgado, refiriéndose a este primer aporte suyo, lo llama «el primer fruto literario de mis desvelos».

Mientras estudiaba Clínica Médica y Clínica Quirúrgica (Iros. Cursos), gestionó y obtuvo del Gobierno General, con fecha 4 de septiembre de 1874, permiso para simultanear las mismas materias correspondientes al 2º Curso y, además, Medicina Legal, Toxicología, e Higiene Pública, mereciendo en todas ellas la misma calificación Sobresaliente.

El 28 de septiembre de 1874, desarrolla sus ejercicios para el grado de Licenciado, en la Facultad de Medicina, con igual nota de Sobresaliente, siendo su padrino de presentación, el Dr. Felipe F. Rodríguez; Secretario, el Dr. José Pulido Pagés; y los otros dos miembros del Tribunal, los Dres. Manuel V. Bango y Serafín Gallardo.

Solicita entonces la dispensa del pago de los derechos del referido Grado, basándose en una disposición, por aquel entonces vigente, que eximía de dicho pago «a los que fueran huérfanos de padre o madre», pero las autoridades competentes se lo niegan, basándose en el hecho, extraordinario por demás, de que él lo era «de padre y madre», caso especial al cual no se refería la ley. Desde luego que tan pronto apeló a la Superioridad, dicha dispensa le fue concedida con fecha 10 de noviembre del propio año de 1874. El 18 de octubre, finalmente, recibe la investidura, con nota de Sobresaliente. Y se le expide el Título de dicho grado de Licenciado, por el Gobierno, el 20 de noviembre de 1874.

Y por último, invierte el llamado Período del Doctorado, entre 1878 y 1879, cursando y aprobando, con nota de Sobresaliente, las asignaturas de Historia de la Medicina y de Análisis Químico aplicado a las Ciencias Médicas; y haciendo finalmente los ejercicios de grado del Título de Doctor en Medicina, en el antiguo Convento de Santo Domingo.

Entre los muchos detalles interesantes ocurridos durante el transcurso de tan brillantísimos estudios, —en los que, como puede apreciarse, 24 diferentes Tribunales, con la seriedad y aun dijéramos severidad característica de aquellos remotos tiempos, estuvieron de acuerdo en darle al aspirante, la más elevada calificación: Sobresaliente — vamos a detenernos, siquiera sea unos breves instantes a describir uno sólo, que sus allegados nos refirieron con no oculta emoción.

Transitaba un día por las calles de la Habana antigua, —tal vez la propia calle de la Muralla, sede del comercio español— rebosante de alegría por palpar con sus dedos en el bolsillo del pantalón, una moneda de oro, de unos \$17.00 de valor y denominadas «onzas», pero que el público vulgar se complacía en llamar «peluconas», y que el joven y notable estudiante iba a invertir en la compra de ropa y zapatos; cuando acertó a encontrar un antiguo Profesor de su Bachillerato, que, siguiendo la regla generalizada en todos los tiempos para la sufrida profesión de Maestro, revelaba claramente en su indumentaria y en su aspecto, su pobreza y su necesidad; tras de hablar con él unos instantes y comprobar de su boca su apremiante condición económica, le entregó completa la «pelucona» acerca de cuya inversión venía cavilando desde hacía mucho tiempo, para retornar a casa más ligero de bolsa, pero seguramente más contento de corazón. Este generoso rasgo de desprendimiento en plena escasez de recursos, sabiendo apreciar desde su niñez, el verdadero valor del dinero y las dificultades para su adquisición, retratan de cuerpo entero la figura noble y desinteresada de Dn. Claudio Delgado Amestoy.

Con fecha 25 de septiembre de 1875, ya licenciado en la Facultad de Medicina, es nombrado el Dr. Delgado, por el Corregidor de la Habana, Médico Director del Hospital y Quinta de Higiene, cargo que obtuvo mediante ejercicio de oposición, en aquella organización destinada principalmente a la recogida y tratamiento de las prostitutas.

En 4 de febrero de 1876, según carta del propio Dr. Delgado, el 6 según el resumen de su expediente de la Academia, eleva a la Superioridad, esto es, al Gobernador General de la Isla, que, según Picaza, así lo había solicitado, un trabajo titulado: «Memoria sobre la Higiene Especial de la Prostitución en la Habana, su estado actual y reformas que exige el mismo», y cuya acuciosidad, detalles de organización y elevados principios morales, hemos podido apreciar en el ejemplar del escrito, que se conserva en los Archivos de la Academia de Ciencias. Según el Dr. Picaza, ese hermoso trabajo, fue el que le valió el nombramiento de Director, por la Junta Superior de Salubridad.

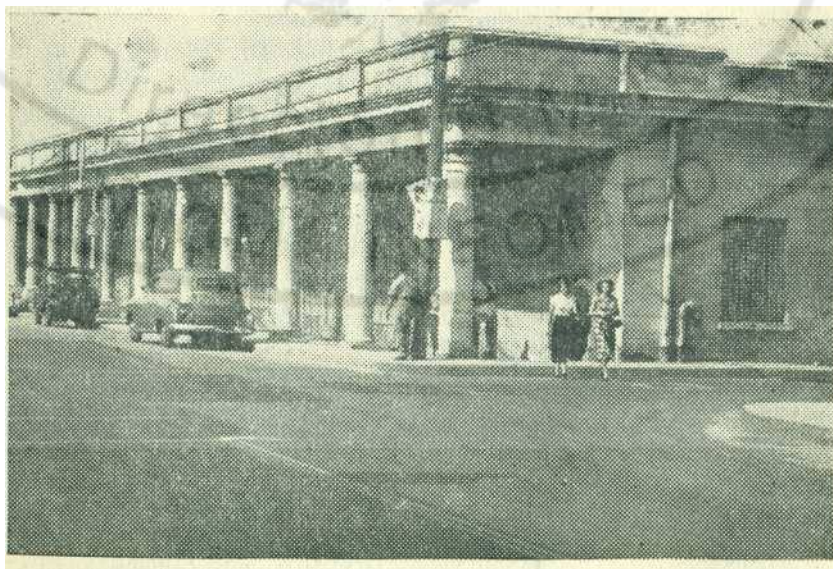
Veamos cómo describe el Dr. Picaza:

«... lo que por antifrasis, según los autores de la época, se llamaba Hospital de Higiene, en el momento que tomó sus riendas el Dr. Delgado. El Hospital tenía capacidad para 50 enfermos, el presupuesto de gastos, era \$1 200.00; el patio estaba ocupado en su totalidad por escombros hacinados, cubiertos de basura y de maleza, según dice Delgado el suelo carecía de piso y se componía de tres salas destartadas, cuyo único ajuar consistía en tres hileras de catres mugrientos. La comida era un rancho, y la promiscui-

dad, su única distracción, a juicio del Dr. Delgado. Su espíritu progresista, unido a una integérrima administración, transformó rápidamente aquel antro, en un lugar confortable, en un magnífico Asilo, dice Casuso, con jardines interiores, salas ventiladas, baños y servicios que nada dejaban que desear. Pero el Dr. Delgado realizó una obra de redención de aquellas desdichadas, por la persuasión, la dulzura y el trabajo, en talleres adecuados. De un lugar que inspiraba terror, consiguió hacer otro, cuyo ingreso se disputaba».

Ya desde aquella remota época, proponía y puso en ejecución el Dr. Delgado, un plan de mejoramiento físico y de superación moral de aquellas desgraciadas, que incluía la instrucción, no solo teórica y de principios morales por selectos profesores, sino también la enseñanza práctica, según sus tendencias vocacionales, de arte culinario, confección de ropa y otras muchas labores manuales y domésticas, a veces enseñadas por religiosas traídas del extranjero; que, manteniendo entretenida la mentalidad de aquellas infelices durante su forzada reclusión, las capacitaba para ganarse la vida en el futuro, brindándoles la oportunidad de regenerarse y ser útiles en la sociedad.

Los locales de este establecimiento, correspondieron primero a la llamada Casa-Quinta de San Antonio, que pasó después a ser Hospital de Higiene y es hoy el asilo «Menocal», sito en la Calzada del Cerro (hoy Avenida de Máximo Gómez) N° 1 352, esquina a Sarabia.



Antiguo asilo «Menocal». En la actualidad Hogar-Cuna «La Edad de Oro».

He aquí cómo describe en su biografía el Sr. Martín²⁾ la actuación del Dr. Delgado: «Realizó en el desempeño de dicho cargo, trascendentes reformas y medidas, que, además de mejorar la hospitalización de las desgraciadas meretrices en lo que respecta a condiciones de habitación y mejoras en los alimentos, transformó aquel asilo en un lugar higiénico, con jardines interiores y baños adecuados; pero todo ello no podía bastar a un espíritu selecto como el del Dr. Delgado; preocupándose del porvenir de aquellas desdichadas inició la cristiana obra de su redención moral, instalando talleres para que se educaran en labores de distintas clases. Este brillante esfuerzo mereció toda clase de elogios».

De su recta y honorable actuación al frente del Hospital de Higiene se nos cuenta que fue apremiado más de una vez por elevadas personalidades políticas o militares, para que no diera el ingreso, o para dar rápidamente de alta a favorecidas meretrices que encontrándose enfermas o aún no curadas, deseaban no ser internadas o ser muy pronto evacuadas de aquel centro, recibiendo en un caso concreto, desde sutiles propuestas de soborno, hasta serias amenazas de vida, sin que su acerado temple titubeara siquiera frente a lo que consideraba sagrado deber.

Pero bien pronto (el 15 de abril de 1876) cesa en dicho cargo; «a virtud de bajas intrigas políticas», dice Picaza, para ser substituido por el Médico Militar Dr. Rafael FleiteS, y le quedan ánimos, sin embargo, para presentar un Informe ante la Academia de Ciencias (Bibl. 73) sobre la mencionada Memoria, informe que fue favorablemente comentado el 13 de agosto por el ponente para ello designado, Dr. Govantes. También la copia de la misma Memoria, que fuera enviada en su oportunidad a la Junta Superior de Sanidad, fue favorablemente informada el 22 de marzo de 1877 por el Secretario de la misma, Dr. V. L. Ferrer.

En relación con la propia Memoria, que parece haber causado sensación en su época por sus avanzadas ideas, existe en la Academia de Ciencias^{^)} una carta, de su puño y letra, fechada el 9 de mayo de 1877 y dirigida a su Presidente, exponiéndole que se proponía dar publicidad a la misma y pedía copia oficial del informe favorable que a la Superioridad dio la ilustre Corporación.

Persona tan conocedora del problema como el Dr. Benjamín Céspedes, dijo en su obra «La Prostitución en la Habana» que: «todas las mejoras y reformas en ese ramo, en Cuba, han sido obra de Claudio Delgado». A lo que añade Picaza^{^1)} que: Esa labor ímproba la completó, con la redacción de un Reglamento que, en lo fundamental, rige todavía la materia».

A la muerte del médico militar nombrado para substituirlo, volvió Delgado a la Dirección del Hospital de Higiene y a este segundo período, se refiere a su vez Martín⁽²⁾ en esta forma: «... volvió... con tan hermosos bríos, que erigió una magnífica sala de operaciones; hecho tan trascendente por su conveniencia científico-social, que hizo que el Dr. Casuso, crítico exigente y severo, calificara como benemérita para el país la gestión del Dr. Delgado».

Veamos cómo enjuicia su brillante actuación quirúrgica el Dr. Jorge Le Roy, primer demógrafo cubano, ya desaparecido, en su trabajo «Homenaje al Dr. Claudio Delgado y Amestoy», leído el 3 de agosto de 1916 en sesión de la Asociación de la Prensa Médica de Cuba y publicado en la Revista de Medicina y Cirugía de la Habana (Bibl. 4): «. . . utilizando las hermosas conquistas de la ciencia de Pasteur, para prepararle al Dr. Gabriel Casuso las esponjas estériles que le evitasen la continuación de sus primeros fracasos en la alta cirugía abdominal. En aquella sala de operaciones de la Quinta de Higiene, construida conforme a los principios de la ciencia, se utilizaron por primera vez los tapones y las compresas esterilizadas que habían más tarde de cubrir de gloria al Dr. Casuso como ginecólogo y como cirujano de altos vuelos, y a quien había de ayudar, con la eficacia que era su característica, cuando mi maestro de obstetricia fundó la Clínica de Jesús del Monte que lleva su nombre. . . »

Fue por entonces, nos permitimos añadir nosotros mismos, que, conforme nos relatara nuestro gran maestro Federico Grande Rossi, aquella misma fuerte personalidad del Dr. Gabriel Casuso, hizo concurrir a determinada reunión de cirujanos a numerosos hombres, mujeres y niños enlutados, viudos e hijos de los que habían fallecido por infecciones post-operatorias y que presentaba a la concurrencia médica como testigos mudos y tristes de su actuación en una época que debería morir también con los advenimientos de la nueva Bacteriología, la asepsia y la antisepsia preconizadas por Lister y Pasteur.

López del Valle, Profesor de Higiene de la Facultad de Medicina de la Universidad de la Habana, ya desaparecido, en un discurso ha dicho (Bibl. 5): «Delgado, con Finlay, Casuso y Tamayo, fue de los primeros precursores de la antisepsia en Cuba».

Y a su vez, el ya citado Picaza⁽¹⁾ se expresa como sigue de esta actuación de Delgado como propulsor de la Antisepsia: «Es, sin embargo, un hecho incontestable, que su nombre está estrechamente ligado al nacimiento de la antisepsia en Cuba. . . En el Hospital de Higiene, bajo su dirección, se levantó la primera Sala de Operaciones Antiséptica de Cuba, construida con sujeción a los más severos principios de la Cirugía extranjera de la época. En el

año 1891, empezó el Dr. Casuso a operar en la Quinta de Higiene y en sus escritos celebra de manera efusiva, el cuidado que a la antisepsia se prestaba en ese Hospital». «Confiesa asimismo, que, cuando empezó a operar allí, estaba muy lejos de pensar, que pudiera crearse en aquel lugar, una Clínica de Ginecología, en donde con éxito se practicaron todas las operaciones, que hasta entonces, había sido desastrosas».

«Largos estudios tuvo que realizar el Dr. Delgado con las esponjas, llegando por medio de pacientes cultivos, a la convicción, de que eran la causa de las muertes por infección. Fue una bella audacia la suya y un mérito, dice Casuso, que lo hace acreedor a la gratitud de la Ginecología cubana. En el mes de octubre de ese mismo año, fundaron ambos asociados científicos, la «Clínica Ginecológica» de Jesús del Monte, quedando el Dr. Delgado encargado de todo lo concerniente a la antisepsia quirúrgica, como una indiscutida autoridad en ese campo. En aquella modesta Clínica que con Casuso fundó, nació la Ginecología cubana y todos los cirujanos que más tarde honraron esa ciencia, se formaron en aquel plantel de hombres, que devoraba una noble emulación de progreso y de humanidad».

El Dr. Manuel Villaverde Alvarez (Bibl. 6), con su estilo castizo y depurado, en el prólogo del libro «Estudios sobre la Fiebre Amarilla por Carlos J. Finlay», publicado en 1945, se refiere de esta manera a la propia labor quirúrgica de Delgado: «Fue uno de los primeros cirujanos que operaron con buenos resultados y, desde luego, fue quien preparó el camino a los otros que después hicieron una especialización del arte quirúrgico, porque en el Hospital de Higiene que dirigía, se creó la primera sala de operaciones en la que se observaban los recientes y rígidos preceptos de la asepsia y la antisepsia. A Delgado debemos, en gran parte, nuestra magnífica escuela quirúrgica, puesto que él dirigió la instalación de otros departamentos de cirugía, ya que fue el primer «especialista en asepsia» en nuestra patria. Esta dirección de la actividad científica del Dr. Delgado, se comprende fácilmente, ya que desde antes se había dedicado al estudio de la Bacteriología. . .»

Pero no se conformó Delgado con esta notable contribución suya al avance de la Cirugía, él también, como era regla en los grandes médicos de la época: «... era un partidario decidido y ferviente —según López del Valle—⁽⁵⁾ de los nuevos métodos operatorios y de los primeros en aplicarlos en las intervenciones quirúrgicas, tanto en la Clínica de Casuso, en Jesús del Monte, como en la sala de operaciones del Hospital de San Antonio. . .»

De Picaza⁽¹⁾: «... cultivó con tanta gloria como éxito la Cirugía y... es acreedor, con justo título, a un recuerdo agradecido de la Cirugía...» El

Dr. Delgado, fue también un afortunado operador. . . En el año 1885 ejecutó la segunda operación de Perineorrafia de Emmet, practicada en Cuba, cuyo caso... llevó a la Academia el mismo día que el Dr. Ignacio Plasencia presentaba su primer caso por el mismo método. En la sesión del 8 de octubre de 1893, presentó el Dr. Delgado un trabajo que tituló «Fibroma intersticial subperitoneal del Utero. Láparo-histerectomía completa. Curación», con la tercera operación de Doyen ejecutada en Cuba. . .»

Asegura el Dr. Picaza¹⁾ que fue Delgado quien tuvo la primacía en llevar a cabo entre nosotros la transfusión sanguínea, que efectuó, por vez primera, en 1878, en el Hospital de San Felipe y Santiago, a base de sangre de carnero, siendo uno de los primeros casos tratados con este moderno recurso terapéutico, un atacado de rabia, que estando —como es sabido— indefectiblemente condenado a muerte, fue sometido a tal intervención.

He aquí el orden en que Picaza enumera las primeras transfusiones que efectuara el Dr. Delgado: 1a. un caso hemofílico del Dr. Plasencia; 2a. un operado del Dr. Menocal, con desprendimiento de sus ligaduras; 3a. caso de Fiebre Amarilla, de Finlay, empleado de Durañona; 4a. el Secretario Particular del Gobernador Rodríguez Batista, también con Fiebre Amarilla; 5a. caso de la misma enfermedad, del Dr. Argumosa. «Se valía —dice Picaza— de un aparato de Collin y de una jeringa que hizo construir en New York».

Más tarde, trató en igual forma a personas tan distinguidas como las Sras. María Albertini de Casuso y la esposa del Dr. Alberto Sánchez de Bustamante.

Y tuvo, además, el humanitario incidente de un infeliz obrero a quien hubo que practicarle una amputación y fue tanta la sangre perdida, que el Dr. Delgado solicitó, en plena intervención, de los estudiantes allí presentes, algunos voluntarios que donasen sangre, para poder continuar la intervención con mayores probabilidades de éxito. Tres jóvenes alumnos avanzaron y, a cada uno extrajo —para no perjudicarlos mayormente— un tercio de la cantidad total requerida; pero al tercero, o no le pudo encontrar la vena, o ésta aparecía exagüe y fue entonces cuando Delgado, pasando de su condición de operador a la de donante, contribuyó también con su propia sangre. De aquí que, cuando años más tarde, viviendo en las proximidades de la Esquina de Tejas, leía un periódico de aquel día, notó con extrañeza y amargura, que en una relación histórica que en aquél aparecía sobre la transfusión de sangre, se achacaba a otro las primicias de esa intervención. Enseguida escribió una carta al periódico exigiendo su inserción y aclarando el hecho, por motivo sencillamente —manifestaba— de poner de relieve la verdad histórica.



Casa de la Calzada de Reina esquina a Rayo, donde residió el Dr. Delgado, durante el bloqueo norteamericano a la Isla de Cuba.

Comienza el joven Delgado a ejercer su honrosa profesión, bajo los mejores auspicios, teniendo en cuenta su sólida preparación y sus excelentes dotes de simpatía personal, honorabilidad y hombría de bien y, además, la buena selección que hiciera de sus maestros y mentores. Entre éstos se destacó siempre su profesor de Clínica Médica, el Dr. Serafin Gallardo, que ya vimos fue miembro de su tribunal de Licenciatura, «de quien recibiera los primeros elementos del arte de curar». . . y «al cual profesó siempre una ternura filial».

Por ello, su clientela fue aumentando de día en día, llegando a ser el médico de confianza en cuya Ciencia ponían sus pacientes y familiares la más absoluta fe, y además, el cosejero indiscutible, el hombre a cuyo buen juicio y discreción se confiaban los problemas más íntimos y delicados de cada familia, siendo siempre sus consejos en este sentido seguidos sin objeción, ya que eran hijos de la moral más estricta, de la lógica más cabal y de un conocimiento práctico de la vida y de una experiencia, aparentemente en pugna con su juventud, pero muy de acuerdo con sus esfuerzos, su ruda labor y su indomable voluntad en su temprana lucha con la vida.

Como verdadero prototipo del Médico de Familia, veamos cómo le enjuicia el Dr. Picaza W en su «Oración Finlay», de 1941: «...Con el Dr. Claudio Delgado, desapareció el paradigma de una tradición amable, que se pierde por momentos. . . mesurado en su conversación, de urbanidad y afabilidad. El magnetismo que envuelve las fuertes personalidades, lo poseyó el Dr. Delgado, en grado eminente... De centenares de familias, fue el Dr. Delgado, ese Médico, con éxito sorprendente, porque concurrían en su personalidad, circunstancias especiales. Pese a su modestia ingénita, que lo impelía a la propia anulación, atenuando su mérito. . . Con la generación del Dr. Claudio Delgado, brilla por última vez esa bella tradición médica. . .»

Entre las familias que solicitan con frecuencia sus servicios, se cuenta la de Dn. Antonio Díaz Blanco, el hombre que conociera y al que enseñara teneduría de libros en Cienfuegos, que habría de continuar ligado a él, según vimos anteriormente, hasta su muerte; asistiendo en esa casa a la esposa de Díaz Blanco, Dña. Rosa Quiñones.

«...Las Revistas Científicas, desde 1879 —dice también Mariano Martín⁽²⁾— permiten hallar en ellas la obra genial de este gran médico, que tanta gloria y beneficio dispensara a nuestra patria».

En efecto, dejando para más adelante su más brillante actuación como colaborador de Carlos J. Finlay en las labores relacionadas con la etiología, patogenia y profilaxis de la fiebre amarilla, examinaremos, siquiera sea con la

brevedad a que nos obliga el corto espacio de que disponemos, sus actividades científicas anteriores o posteriores a dicha actuación, pero ajenas por entero a la misma.

Ya hemos descrito anteriormente, con ciertos detalles por ser su primera actuación profesional, su brillantísima labor al frente del Hospital de San Antonio, perteneciente a la Sección de Higiene Especial.

En 1878, es nombrado el Dr. Claudio Delgado, Secretario Fundador de la Sociedad de Socorros Mutuos para los Médicos de la Provincia de la Habana, en la que prestó eminentes servicios, siendo obra suya los Estatutos de la misma.

En 1879, por renuncia del Dr. Félix Giralt, fue designado Vocal Suplente de la Comisión Directora de la misma. El 13 de marzo de 1880, es designado Vocal suplente de dicha Comisión. Y en 1881, es electo, por tercera vez, como tal Vocal Suplente. El 23 de marzo de 1882, es electo Vocal Propietario.

Conjuntamente con el Dr. Serafín Gallardo, Catedrático de Clínica Médica, fue fundador de la Sociedad de Estudios Clínicos de la Habana. Y en 31 de agosto del año 1879, fue nombrado Secretario General de la misma. El 30 de marzo de 1881, fue designado Miembro efectivo de la Comisión de Fiebre Amarilla, en la Sección de Clínica Experimental (trabajos de Hematología), según los archivos de la propia Comisión.

El 24 de septiembre del propio año, lee ante la Sociedad, un trabajo titulado: «Reseña de los progresos realizados hasta el día en el conteo de los glóbulos de la sangre», según consta en los Archivos de esa Institución (Bibl. 68).

En noviembre 17 de 1881, fue reelecto Secretario, plaza que, sin embargo, renunció al siguiente día.

De su labor en esta Asociación, nos habla el Dr. Le Roy en su trabajo «Homenaje al Dr. Claudio Delgado y Amestoy» (Bibl. 4) en sesión de la Prensa Médica de Cuba, el 3 de agosto de 1916; en la siguiente forma:

«...El Dr. Claudio Delgado fue el Director de los Archivos de la Sociedad de Estudios Clínicos de la Habana. ... y débese a su constancia, celo e inteligencia la publicación en la Habana (1881) del tomo 1º y en New York (1882), de su tomo 2º».

Y a su vez el Dr. Eduardo F. Plá, que fuera nuestro Profesor y Director del Instituto de 2a. Enseñanza de la Habana, en su «Reseña de los trabajos de la Corporación durante el bienio de 1881 a 1883, como Secretario la misma (Bibl. 7) consigna lo que sigue: «... Durante ese mismo período, se han dado a luz los dos primeros tomos de los Archivos; su impresión se

hizo bajo la acertada dirección del Dr. Delgado, que dejó tan satisfecha a la Sociedad, que ésta le acordó un voto de gracias, el cual, en esta noche solemne, tenemos el placer de recordar. . .»

Como se podrá comprender, estos nombramientos, que pueden designarse todos como verdaderos honores conferidos, resultan extraordinarios e inusitados, dada la severidad del ambiente científico de la época, para un joven Doctorado tan recientemente y Licenciado desde hacía, a su vez, tan corto tiempo. ¡Tal parece que la sociedad médica de aquel entonces, apreciaba bien pronto la grandeza intelectual y moral del que más tarde sabría poner tan alto, con sus trabajos sobre la fiebre amarilla, el nombre de su patria adoptiva y de ciudadanía: Cuba, y el de su noble país de origen: España!

Habiéndose presentado el Dr. Claudio Delgado, en virtud de la propuesta hecha en diciembre 20 de 1882, por el Dr. Carlos J. Finlay, como aspirante a la plaza de Miembro de Número de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana, —como podrá apreciarse en la Bibliografía 66— y previa la recomendación unánime de los miembros de la Sección de Ciencias: Brigadier Dn. Francisco de Albear, Director; Rocamora, Saenz, Cruz y Finlay, Secretarios; en sesión de Gobierno de fecha 20 de enero de 1883, recayó el acuerdo de nombrarlo, lo que hubo de comunicarle el Secretario General de la más elevada de nuestras instituciones científicas el 22 del propio mes y año.

El Dr. Delgado envía su cortés respuesta dando las gracias por su elección el siguiente día 23. Y aunque no hace su presentación oficial ante la Academia con su discurso de ingreso hasta dos años más tarde, en 1885, veremos enseguida que, siendo ya Académico electo, comienza tomar participación activa en sus labores.

En efecto, en la sesión del 27 de abril de 1883, se da lectura al «Informe» que le fuera encomendado, «relativo a la explosión de una caldera» (Bibl. 78).

Por fin, en la Sesión Extraordinaria del 28 de junio de 1885, el Dr. Claudio Delgado da lectura a su trabajo de ingreso o discurso de recepción como Académico de Número, con un tema, muy de actualidad por aquel entonces, titulado: «Investigaciones del Dr. Ferrán sobre el Cólera» (Bibl. 63). El discurso de contestación, estuvo a cargo del Dr. Carlos J. Finlay. Es de todos conocidos, que en nuestra máxima Corporación de ese tipo, existe la costumbre de designar para tal discurso de contestación a aquél de los miembros de la Institución que mayores relaciones de amistad, afecto o de trato científico tenga con el nuevo Académico: viene a ser a la manera del padrino designado por la Corporación para hacer la presentación de aquél, de sus

En cumplimiento a lo
dispuesto en el artículo
del Reglamento de la Real
Academia de Ciencias y
previsto ya a cumplirse el
plazo de la convocatoria para
las plazas vacantes en la
dichada Corporación, tengo
el honor de proponer para
la de físico matemático en
la Sección de Ciencias al
Sr. D. Claudio Delgado,
físico fundador y ex-secretario
Genl. de la Sociedad de Estudios
Científicos de esta ciudad,
físico fundador de las de
Antropología y de Socorro
Médico y autor de un
folleto de física aplicada,
sobre Hematemática, misiles
aérea, etc., y en el cual
a mi juicio, concurren
dotes científicas que le

hacen acreedor a la
distinción que solicita.
Ya tal concepto acompaño
los comprobantes de sus
títulos y trabajos científicos,
para que en su vista y
tomando en cuenta los
relevantes puntos de ciencia,
laboriosidad y compañeros =
mas que el Sr. Delgado
ha tenido ocasión de
manifestar, la Real Aca.
deamia resuelva lo que
sea oportuno.

Sr. D. D. Apolonia Mestre
Secretario Genl. de la
Real Academia de
Ciencias de La Habana

Hecho
que a V. S. me es
Matana y Diciembre
20 de 1882

Carlos Finlay

Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana

Sección de Ciencias Físicas y Naturales

Académicos presentes, Sr. Brigadier D. Juan de Alcazar, en oficio del socio numerario D. Carlos Finlay, a Sr. Rosendo, teniente, el cual se propone al Sr. D. Claudio Delgado (D. Rafael), teniente y Finlay.

El día 9 de Enero de 1893, reunidos los
 los Académicos que al margen se expresan en la
 reunión del Sr. Brigadier D. Francisco Alcazar, Director
 de la Sección de Ciencias Físicas y Naturales, de la
 Real Academia de la Habana, se leyó una comunicación
 del Sr. Secretario General de la Academia acompañada
 en oficio del socio numerario D. Carlos Finlay, a
 el cual se propone al Sr. D. Claudio Delgado
 para llenar la vacante existente en esta Sección,
 con los títulos y documentos que lo acreditan;
 y siendo el Sr. Delgado el único candidato
 para dicha plaza, los Sres. presentes, después
 de enterarse de sus méritos y de las circunstancias,
 que en él concurren, acordaron por unanimidad
 recomendarle a la Academia para su nombramiento
 como socio numerario de la Sección.

El Director
 Juan de Alcazar

El Secretario de la Sección
 Carlos Finlay

Acta manuscrita por el Secretario de la Sección de Ciencias Físicas y Naturales de la Academia, Dr. Carlos J. Finlay, donde consta el acuerdo por unanimidad designando al Dr. Delgado como Académico.

cualidades, de sus trabajos, méritos y valimento, y esto pone de relieve, una vez más, las estrechas relaciones de amistad, la leal compenetración entre aquellos dos hombres a quienes el destino uniera, para continuar después durante toda la vida de ambos y sobrevivir más tarde en la eternidad, bajo la forma imperecedera de la gloria.

En ese mismo año de 1885, en que se mostró el Dr. Delgado muy prolífico en lo que respecta a su producción intelectual, escribe o publica, además, los siguientes trabajos científicos, ajenos todos al problema de la fiebre amarilla.

Un «Informe sobre las condiciones potables del agua destinada al Lazareto del Mariel», ponencia que le fuera confiada por la Sección de Ciencias Físicas y Naturales de la Academia y que evacuó en la Sesión del 23 de agosto del mismo año, de ese organismo (Bibl. 79).

El 27 de septiembre de 1885 presenta una moción «Sobre elección de Académicos». Este notable estudio, que, escrito de su puño y letra y conservado en su respectiva gaveta, hemos leído con verdadero deleite en aquella Institución, analiza las dificultades prácticas que se confrontan para seleccionar entre los diversos candidatos que se presentan como aspirantes a plazas de Académicos y traza una verdadera línea de conducta a seguir. Es, a grandes rasgos, un notable y previsor anticipo de los actuales «punteos» o pautas para la valoración de los expedientes, tanto universitarios, como de posgraduado (actuación profesional, trabajos publicados, etc.), que utiliza nuestra Universidad Nacional para cubrir mediante Concurso-Oposición, plazas de profesores y la Facultad de Medicina para las plazas de Médicos y Alumnos Internos de los diversos hospitales, anexos a la enseñanza de la Medicina (Bibl. 80).

En la Sesión del 11 de octubre del mismo año, da lectura a un trabajo titulado «De la Coniasis Biliar», que es a manera de comentario sobre un escrito aparecido en la literatura médica, y dirigido por el Dr. Merle a la Academia de Medicina de París, titulado a su vez «La Coniasis Biliar y sus síntomas», en el que se refiere a las llamadas «arenillas» o pequeñas piedras que se forman en el órgano hepático y su reservorio (Bibl. 75).

En la sesión del 9 de enero de 1886, el Dr. Claudio Delgado lee una «Moción acerca del Secreto Médico», cuya lectura da a conocer plenamente su elevada moral, su amplio sentido de responsabilidad y las rígidas normas de ética profesional que fueron, en todo momento, leyes inexorables de su vida. Siguiendo al través de sus líneas su estilo fluido y claro, no pudimos menos que comparar con las normas actualmente en uso en el cuerpo médico

y un rictus de tristeza y de nostalgia nos mostró la inclinación de la balanza hacia el pasado... (Bibl. 77.)

En el propio año de 1886, y en la sesión del 13 de junio, presentó Delgado un «Informe», —siempre a la Academia de Ciencias, que lo nombrara ponente para el estudio de la cuestión— «referente a un producto químico (que sus autores llamaban Trisulfito de Cal) usado en la fabricación del azúcar y a su acción en la economía humana». El Dr. Delgado, tras minucioso examen químico y fisiológico del producto citado, presentó unas conclusiones desfavorables, perfectamente lógicas y razonables.

También en 1886, en la sesión del 11 de julio, da lectura a su trabajo «Fragmentos de un aerolito visto en la Habana el 10 de mayo. Consideraciones relativas al asunto», (Bibl. 76) que demuestra su enorme cultura y su versátil y polifacética preparación intelectual. Unos campesinos de los alrededores de la Habana, recogieron fragmentos de una «estrella voladora» que cayeron una noche en sus propiedades, y tales minerales fueron ampliamente examinados y clasificados por el genial investigador, que hizo su contribución, en esa forma, a la ciencia astronómica, tan alejada de su propia disciplina profesional.

A pesar de que los años de 1887 y 1888 fueron los más activos en la productividad científica del doctor Delgado, todos sus trabajos de esa época versaron sobre fiebre amarilla, por lo que serán considerados en la sección correspondiente.

De ese tiempo, además, citaremos el nombramiento que se le diera, conjuntamente con el Dr. Laguardia, de director de los Anales de esa Academia, a partir del 18 de mayo de 1887, por muerte de don Antonio Mestre, que lo venía dirigiendo desde su fundación en 1864.

Durante su dirección, publicó los tomos XXIV, XXV y XXVI, «nutridos —asegura Le Roy en su trabajo ya citado (Bibl. 4)— de valioso y abundante material, hasta el punto de superar el número de sus páginas impresas, a los tomos publicados por su digno antecesor y no superadas, a su vez, sino en estos últimos años...»

Permaneció al frente de los Anales, hasta que con fecha 9 de junio, —según unos—, 23 de junio de 1889 —según Le Roy—, íntimamente adolorido por injustificadas críticas que se le hicieron acerca de esa publicación, renuncia con carácter irrevocable a su cargo de director, que venía desempeñando, según acabamos de ver, con eficiencia e idoneidad, invocando razones de delicadeza. Le fue aceptada, por fin, el 14 de julio del propio año.

En la sesión del 11 de febrero de 1889, presenta su «Informe sobre la elección de un Académico en la Sección de Ciencias» (Bibl. 8). Lee Claudio

Delgado una brillantísima Ponencia, que nos causara profunda impresión por su justeza y minuciosidad, clasificando los candidatos que se habían presentado para cubrir la- vacante de Socio de Número de esa Corporación, ocurrida por muerte del académico señor Montejo. Los aspirantes que concurrían, según el orden en que los situara el doctor Delgado, eran nada menos que el doctor Carlos de la Torre y Huerta, nuestro sabio naturalista, orgullo de Cuba y personalidad de relieve universal; segundo, el doctor Plácido Biosca, que fuera durante largos años profesor de Física y Química de la Universidad de La Habana; y tercero, el doctor Aristides Mestre, que fuera, a su vez, nuestro profesor de Biología en la Escuela de Ciencias de la propia Universidad. Este informe, que aparece publicado en los Anales de la Academia (Bibl. 8), incluye una gran hoja de papel en la que, en tres amplias columnas, se ponían en parangón los méritos de los concursantes, incluyendo su valoración en cada uno de los sectores científicos en que ellos habían actuado, en una forma comparativa, clara e imparcial.

En 1891, publica, conjuntamente con el doctor Carlos J. Finlay, el único trabajo que entre ambos confeccionaron y que no se refiriese al tema que los mantuvo siempre unidos y trabajando de común acuerdo: la Fiebre Amarilla. Esta vez abordaron una «Investigación experimental sobre la linfa del doctor Koch» y la presentaron a la Academia, en la sesión del 26 de abril de este año (Bibl. 9.)

El 9 de diciembre de 1894 y por motivos que no aparecen explicados ni en su carta, ni en otros documentos de su expediente personal en la Institución, «cuando los desagradables acontecimiento que en ese año se sucedieron en la Academia», como explica el doctor Le Roy, presenta el doctor Delgado su renuncia a la plaza de Miembro de Número de la Academia de Ciencias, no siéndole aceptada, sino que se le pasa a la condición de Académico Honorario, a cuya fecha de nombramiento, da el doctor Le Roy la misma arriba citada como de la presentación de su renuncia.

Con fecha 27 de enero del siguiente año, aparece el doctor Delgado publicando su último trabajo en la Corporación: un «Informe acerca de los méritos del doctor Juan N. Dávalos» (Bibl. 81) aspirante a otra plaza de Académico de la sección de Ciencias.

Para cerrar el brillantísimo ciclo de su muy activa actuación en la Academia de Ciencias Médicas Físicas y Naturales de La Habana, —a cuya sección de Ciencias perteneció durante once años, llegando a ser secretario de dicha sección, así como bibliotecario de la Academia—, el 13 de marzo de 1908 fue designado con el preciado título de Académico de Mérito (Bibliografía 69.)

Y concluiremos esta sinopsis biográfica de las actividades científicas de ese gran médico y gran ciudadano que se llamara Claudio Delgado y Ames*- toy, recordando que a su larga y laboriosa vida, hay que agregarle la recepción de los siguientes honores que le fueron concedidos:

«... Dada su significación en nuestra vida médica, el doctor Delgado fue honrado por casi todas las corporaciones científicas cubanas y aun por otras del extranjero», —dice el doctor Villaverde en su prólogo del trabajo ya citado.

El 29 de septiembre de 1879, fue designado archivero y bibliotecario de la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba.

Gran Cruz de la Legión de Honor por el gobierno francés.

El de médico y diputado trienal de la Casa de Beneficencia (1885) puesto en el que continuó durante 15 años; y el de vocal perpetuo de la misma, honor este último que le fueran conferido tras elecciones, en plena era republicana, contra otro candidato que acababa de terminar victoriosamente nuestra Guerra de Independencia: el geenalísimo Máximo Gómez. En este piadoso asilo, se le confió el estudio y aplicación práctica de la lactancia artificial, enseñando, además, a las Hermanas de la Caridad a peptonizar la leche para los allí asilados y formulando, finalmente, el plan de lactancia externa.

De su actuación en la Casa Cuna de Beneficencia y Maternidad, nos queda esta citación de una personalidad que conoció bien su labor en ella, el señor Coppinger, administrador de la misma: «... Aún más que las Hermanas, puedo yo aquilatar el servicio que ha prestado usted a la Casa y a la íntima satisfacción que debe sentir su conciencia, por la satisfacción del bien que ha hecho.»

No terminaremos este aspecto de su actuación como pediatra, sin citar que aquel maravilloso hombre de trabajo que se llamó Claudio Delgado, tradujo del francés toda una obra del autor Lesage, sobre «La diarrea verde de los niños de la primera infancia».

Por aquellos mismos tiempos en que rendía tan hermosa labor en la Casa de Beneficencia, el doctor Delgado prestaba también sus servicios como médico de la Bateria de la Reina, precisamente, situada cerca del litoral y frente a aquella Casa.

Con respecto a su actuación en el Centro Asturiano de La Habana, copiamos a continuación algunos párrafos del certificado oficial que de sus servicios expidiera el secretario actual de dicha sociedad:

«Certifico: Que según consta en la Historia Social de este Centro Asturiano, desde el 1º de julio de 1886 hasta el 5 de octubre de 1887. Que en

de junio de mil ochocientos ochenta y seis, entre otros acuerdos, aparece en la pág. 51, lo siguiente: 'El señor presidente ofreció los servicios interinos del señor doctor Delgado, médico que vivía en casa, donde interinamente se establecería la secretaría y así sería más fácil para los mismos socios, el reconocimiento facultativo antes de ir a la Casa de Salud. Esta proposición del señor presidente fue aprobada por unanimidad.⁵ En la pág. 53, figura el doctor don Claudio Delgado, médico inspector y de visita del Centro Asturiano, desde el 1º de julio de 1886 hasta el 5 de octubre de 1887. Que en la pág. 107 de dicha Historia Social, figura que el 24 de julio de 1887, la Junta General encomendó, entre otros, al doctor don Claudio Delgado, a fin de hacer una revisión general de los estatutos para lo que se creyese conveniente; y que el día 5 de octubre de 1887, la junta directiva aceptó sin discusión la renuncia presentada por el doctor don Claudio Delgado, por entender efectivamente que, dadas sus múltiples atenciones profesionales, no podía desempeñar cuidadosamente el cargo.»

Hablando de esos servicios prestados, el señor Rafael García Marqués, que fuera también secretario general de la propia institución regional, en carta de pésame a su viuda, de fecha 1º de agosto de 1916, se expresaba en esta forma:

«... Ha dejado una estela imborrable de cariño, por su desvelo en bien de la niñez y por sus iniciativas para librar a los pequeños asilados en esa institución, de las infecciones que los diezaban en épocas pasadas...» «... Fue uno de los iniciadores de la grandeza de nuestra Casa de Salud Covadonga... y había contraído con el Centro Asturiano de La Habana, grandes méritos.»

Igualmente, en otra carta de pésame de fecha 24 de julio de 1916, el secretario de otra institución, decía a la propia viuda:

«... Fue vocal nato facultativo de la Asociación Vasco-Navarra de Beneficencia, a la que prestó continuados y valiosos servicios desinteresadamente...»

En 1882, el Nuevo Liceo de La Habana, lo elige vocal de su junta facultativa.

Fue también socio de número de la prestigiosa Sociedad Económica de Amigos del País (1883).

En 1889, ocupa el cargo de miembro de la Comisión de Saneamiento de La Habana, redactando, en unión de los doctores Casimiro Roure y Ricardo Seco una Memoria sobre las condiciones higiénicas de la capital.

Fue también nombrado delegado de Cuba a diversos Congresos Médicos extranjeros.

Por los años de 1895 ó 1896, fue nombrado administrador de la Empresa del Gas de La Habana, cargo en que permaneció unos pocos años. De su permanencia en ese importante puesto, nos refiere su propio hijo, que, siendo gobernador militar de Cuba el general Valeriano Weyler, éste lo mandó a llamar, por haberse propalado la noticia de que las fuerzas cubanas pretenderían entrar en la ciudad de La Habana en determinada noche y haciéndole responsable, con su propia vida, de que la capital no fuera esa noche a quedarse a oscuras. ¡Eso depende de usted y no de mí!, contestó con gran aplomo el doctor Delgado, ante el asombro del temido general.

Como detalles interesantes en su ejercicio profesional y de sus creencias médicas en aquella época, debemos citar que era muy adicto al Sol, hablando del cual, decía a su hijo: «La gente se irá desengañando de sus beneficiosas cualidades.» Y en efecto, en nuestros días, la acción del astro-rey en la movilización de ciertas vitaminas liposolubles acumuladas bajo la piel, es un hecho perfectamente aceptado ya.

Igualmente, era gran partidario del empleo terapéutico del jugo de limón, siendo, por lo tanto, un vidente precursor de la vitaminoterapia «C», cuyas ventajas se palpan desde la más tierna infancia, en nuestros días.

Y llegamos a los aspectos social y privado de la vida de don Claudio Delgado. El lector entendido comprenderá que es muy difícil desglosar este aspecto social, de su vida profesional, tan activa, según acabamos de describir y hasta de su actuación, siempre prominente y siempre rectora, en las múltiples instituciones médicas o no, de las que formó parte integrante.

Para dar una idea de su actuación cívica, de su amor a la Madre Patria y haciendo gala, para ello, de muy vastos conocimientos médico-legales, vamos a referir un incidente que pudo haberle costado a España muy graves implicaciones internacionales.

Nos cuentan sus familiares, que en cierta ocasión, un dentista norteamericano muy dado a las bebidas alcohólicas y de pésima conducta, fue conducido en calidad de detenido a la fortaleza de la Cabaña, a las resultas de una causa que se le iniciara por motivos que ignoramos. En la celda en que se hallaba encerrado, el hombre atentó contra su vida, lanzándose de cabeza contra la reja y resultando muerto por las lesiones sufridas en el cráneo. La representación diplomática norteamericana intervino para averiguar si el caso era un verdadero suicidio o si se trataba de un homicidio cometido, dentro de la prisión, por sus guardianes. El gobierno español, a más de abrir, a su vez, inmediatamente, una investigación, designa en calidad de perito, a fin de precisar las verdaderas causas de la muerte, al doctor Claudio Delgado y éste, conjuntamente con el médico norteamericano desig-

nado en igual función, procede a la exhumación del cadáver y tras de llevar a cabo en la misma celda una serie de experiencias reproductoras del hecho, con cráneos humanos de que se proveyó con dicha finalidad, eleva un informe al tribunal designado para la investigación, tan demostrativo, tan contundente, que el médico norteamericano acepta plenamente sus conclusiones y el Consulado retira su reclamación...

Nos refiere su hijo Abelardo, que el cráneo que obtuviera en el osario del cementerio para la diligencia médico-legal a que nos acabamos de referir, permaneció largo tiempo sobre su escritorio de tapa corrediza —«de cortina»— en las oficinas de la compañías de Gas y cuando aquél, con su curiosidad infantil le preguntaba lo que dicho cráneo significaba, don Claudio, sonriendo, le decía: «Algún día, cuando seas grande, te explicaré lo que representa.»

Poco después el acorazado «Maine» estallaba en la bahía de La Habana, ocultando bajo las oscuras aguas de la misma, el misterio de aquel desastre marítimo, que prendiera la chispa de la Guerra Hispano-Cubano-Americana.

Cuando la escuadra norteamericana estableció el bloqueo de la Isla, el doctor Delgado envió a su esposa e hijo a México, conjuntamente con su suegra, la señora Herrera de Alonso y la sirvienta Carlota Fuente —que ya veremos que aún vive y cruza correspondencia con la familia de Delgado— ' en el último barco americano que salió de La Habana y que, ya fuera del Morro, estuvo a la vista de la mencionada escuadra, protegida por la bandera de las barras y las estrellas, de la posible captura por aquélla, de la nave con sus pasajeros y tripulación. Tras de unos días de permanencia en Veracruz, la familia de Delgado continuó viaje por ferrocarril a la capital de México donde permaneció unos 4 ó 5 meses, regresando a Cuba después de terminada la guerra.

Arribaba ya el doctor Delgado, por aquel entonces, a los 48 años y se hallaba residiendo en una casa de la propiedad de don Diego González, sita en la calle de la Reina esquina a Rayo.

Entramos ahora de lleno en los aspectos privado y sentimental de esta vida tan valiosa como polifacética.

Entre la numerosa y distinguida clientela que, en proporción cada vez mayor, utilizaba sus valiosos servicios profesionales, fue llamado cierto día a asistir a la respetable familia del señor Angel Alonso y Díez, coronel de Voluntarios, cuya hija Dolores Alonso y Herrera se encontraba enferma de banal afección. Ya en la convalecencia de la misma, que se hizo más rápida merced a los solícitos cuidados del distinguido galeno, la paciente, enteramente curada y de regreso- a sus ocupaciones habituales, hubo de notar y así

se lo hizo saber a su mamá, que el médico, cuyos servicios resultaban ya innecesarios, prodigaba sus visitas y que éstas se iban prolongando más de lo que habitualmente acostumbran hacerlo los profesionales de la Medicina y que el discípulo de Esculapio, tomaba demasiado interés, no ya sólo en la salud, sino también en todo lo que tuviera relación alguna con la bella y hermosa señorita. Y surgió lo inesperado: un hermosísimo romance que culminó en la unión de los destinos de la paciente con su médico, que se efectuó el 18 de diciembre de 1891, en la iglesia Catedral, para constituir un hogar modelo de virtudes y felicidad en el que a la ciencia del esposo, se unía en amigable consorcio el arte de la esposa, cuya hermosa voz deleitó muchas veces a la sociedad habanera de aquel entonces, en funciones de caridad y en actos piadosos, siendo el propio doctor Delgado uno de los principales organizadores, gozoso de lucir la bellísima voz de su joven señora.

Nos refiere doña Dolores, que la primera visita de cortesía a que su esposo la llevó tras de casados, fue a casa de la familia del doctor Finlay, una prueba más del afecto y del cariño que lo uniera, desde veinte años atrás, con el gran sabio.

De tan feliz unión y tras un parto que asistió el propio doctor Delgado, nació un hijo único, Abelardo, abogado, que conserva siempre encendida la votiva llama del recuerdo y la devoción por la gloriosa memoria de su padre.

Don Antonio Díaz, el viejo amigo del doctor Delgado, que se hallaba en España desde hacía algunos años, había fundado allá en Asturias, una fábrica de harina y de vidrio, denominada «Gijón Industrial» y ansioso de reanudar las estrechas y cordiales relaciones que siempre los había unido, escribe a éste, animándolo para que se traslade también a España y hasta para que invierta sus ahorros en la misma industria por aquél creada, pensando, con la mejor voluntad, que obtuviera las mismas ganancias que él pretendía obtener. Coincide la llegada de esa carta con el mal estado de salud de su menor hijo que, anémico y anoréxico, inspiraba, por su condición, serios temores al padre cariñoso. Y es por ello que don Claudio, arreglando de la mejor manera posible sus asuntos en la capital cubana y hasta renunciando al alto puesto que desempeñaba en la compañía de Gas, embarcó con la señora e hijo y hasta con una adicta sirvienta mestiza de la familia, Carlota Fuente, (que muchas veces ayudó a don Claudio a recolectar mosquitos y que sobrevive aún y se cruza cartas con la familia, desde Philadelphia, Estados Unidos), para Gijón, donde fue admirablemente recibido e invitado a parar con su familia, en la propia casa de Díaz Blanco, en donde residió largos meses.

En Gijón permaneció unos cuatro años y medio, dedicado principalmente a sus labores industriales y ejerciendo, en ocasiones aisladas, el noble sacerdocio de su profesión.

¡Cuánta versatilidad, cuánto polifacetismo, pensamos nosotros, para desempeñar tan disímiles funciones! Médico de gran clientela en La Habana, a la vez que administrador de una compañía de gas, industrial vidriero, a la vez que fabricante de harina en Gijón. Y dejando siempre tras de sí una estela luminosa de afecto y de competencia.

También prestó sus servicios en el parto de una hija de Díaz Blanco, a la que tuvo necesidad de practicarle una aplicación de fórceps, contando para ello con la única ayuda de la fiel sirvienta Carlota, que se veía por primera vez obligada a intervenir en aquellos menesteres.

Desde allí, escribía a Cuba, a Finlay, cartas dándole a conocer sus nuevas actividades: «... En el transcurso de dos meses —dice en una de ellas— recorrí media Europa (la mayor parte de Francia, Bélgica, Alemania e Inglaterra), para estudiar lo más importante de la industria vidriera en general, sin dejar de visitar, por supuesto, las maravillas que encerraba, en todas las manifestaciones del saber humano, la grandiosa Exposición Universal de París... Con el caudal de conocimientos recogidos en ese viaje... pude confeccionar una interesante Memoria, que ha servido para encaminar la instalación en vasta escala, de una fábrica de vidriería que abarca todos los ramos de esta industria, y al frente estamos, en vías de erigir las construcciones necesarias, para ver si se inauguran algunos de esos ramos en el mes de octubre o noviembre de este año. También tenemos muy adelantadas las obras para una fábrica de harina, capaz de moler 40,000 kilos diarios de trigo, fábrica montada a la altura de las mejores de su clase, pues casi todo el trabajo se realiza automáticamente... Hasta ahora no me he dado a conocer en público como médico, pero pienso inscribirme pronto en el Colegio Médico de esta villa.»

En una carta posterior, de 14 de febrero de 1902, al propio Finlay, parece haberse decidido a ejercer su profesión, pues habla del tropiezo «... con un colega sobradamente despreocupado para faltar a todas las conveniencias de compañerismo y hasta de cultura social, en un caso de asistencia a parto, en que fuimos víctimas de los indignos manejos de tal doctor...» contra el que entabla querrela, por graves faltas de moral médica, ante el Colegio Médico de Gijón.

Para su desaliento final, ni las circunstancias políticas del momento, ni su alejamiento voluntario en el regazo de la madre patria, le permitieron disfrutar un poco de las mieles de la gloria; muy por el contrario: mientras se

efectuaba en La Habana el banquete con que las autoridades norteamericanas de ocupación y la clase médica cubana reconocían la genial concepción del más grande hombre de ciencias cubano; mientras —repito— Finlay era homenajeado y festejado por su descubrimiento, Claudio Delgado escribe desde allí a su amigo, a su gran amigo Finlay, una carta tan elevada y noble, de la que no hemos podido menos que transcribir sus más sentidos párrafos, que citamos a continuación:

«... rebozando de emoción gratísima... lleno de regocijo... entono este cántico de alabanza en su loor, para satisfacer de este modo los impulsos de mi corazón, que tanto tiene que amar a esa tierra cubana donde se deslizaron los más y mejores años de mi existencia, al calor de afectos tan dulces, tan arraigados y cordiales como el que usted me dispensa...»

Por cierto que aquel banquete en que se le hizo entrega a Finlay de una estatua de «La Victoria», asistieron muchos que en otros tiempos fueron sus más enconados detractores; y algunos de los propios miembros de la Comisión Médica del ejército norteamericano que, viniendo originalmente a comprobar la teoría de Sanarelli —por aquellos tiempos en vigor— terminó su trabajo sometiendo a prueba primero y comprobando plenamente después, la verdad de la hermosa concepción de nuestro compatriota.

Una propaganda de tipo norteamericano, en lengua inglesa y «en cadena», como los grandes diarios, ha aupado hasta la exageración las labores de esa Comisión y, sobre todo, la figura de su jefe, el doctor Waiter Reed, aspirando a la preterición, el olvido y, por ende, la ignorancia subsiguiente de los verdaderos autores del genial descubrimiento.

En tanto, Claudio Delgado, extraído del medio ambiente en que actuara durante tantos y tan largos años, para convertirse en caballero andante de los caminos europeos primero y en industrial vidriero y fabricante de harinas en Gijón, después; sólo descubre trasuntos de amargura, que dejan traslucir su obligada tristeza espiritual por las circunstancias políticas cubanas del momento, en las referencias que hace a determinado recorte de periódico que le enviara Finlay, conteniendo un escrito firmado por un pseudotítulo nobiliario del que dice: «... título que ha debido venir muy a menos con la transformación política de Cuba y cuyos encomios... sentarían mucho mejor, en opinión mía, despojados de la hueca y candorosa patriotería que en el fondo de ellos palpita: quizás haya creído su autor que así lo exigían las circunstancias actuales»; y al gobierno interventor norteamericano cuando dice: «... Esto en el supuesto de que todavía quede desperdigado por ahí alguno de esos Culex, pues es fama de que cuesta ya gran trabajo en La Habana el

encontrar tal insecto, a fuerza de la perseverante guerra de exterminio que le hacen los interventores, por la cuenta que les trae...»

Claudio Delgado, el inmigrante español que apenas mozalbete arribara a Cuba un día sin más bagajes que ligero fardo, y que ya viejo y cansado, tras de dejar en Cuba, su patria de adopción y de ciudadanía, una estela de más de cuarenta años de esfuerzo inigualable, de honradez acrisolada, de caballerosidad, de hombría de bien y, en el terreno científico, de preparación extraordinaria; de ética irreprochable, derramando el bien a manos llenas en su hermosa labor de «médico de familia» respetado y querido... y la gloria indiscutible de haber sico él solo, único e indispensable colaborador del genio de Finlay, abandonadas sus labores médicas en la Península y hasta atacado sin piedad en ellas cuando pretendió ejercerlas, inmiscuido en labores industriales que le eran totalmente desconocidas y en las que hubo de perder también los escasos ahorros que le quedaban..., tendía al través del Atlántico los hilos invisibles, pero inalterables, de la amistad más pura, enviando al compañero de fatigas y de adversidades que permaneciera en la Perla: de las Antillas, el abrazo cordial, amplio y espontáneo, sin reservas mentales ni resquemores por su triunfo, fugaz y pasajero es verdad, pero triunfo al fin y que el tiempo se encargaría de acrecentar y hacer definitivo.

Cuando en 1902, Carlos J. Finlay fue nombrado presidente de la Comisión de Higiene Especial, encargada de la profilaxis venérea al través del cuidado y vigilancia de las prostitutas, y que se reorganizaba ahora separando esos servicios del Municipio, recordando la excelente labor desarrollada por Delgado al frente del antiguo Hospital de Higiene, le escribió a Gijón una carta conteniendo este expresivo párrafo: «Ojalá estuviese usted aquí para formar parte de ella y aconsejarme con su gran experiencia en la materia.»

En 1903, tras su intensa búsqueda y hallazgo en Gijón por su viejo amigo el notable oftalmólogo doctor Juan Santos Fernández, fue llevado a Madrid en compañía de su esposa y laboró intensamente con la delegación cubana al Congreso Médico que allí se celebraba, (doctores Santos Fernández, Gustavo López y Muller), en favor de la aceptación, por el cuerpo médico español, de la indiscutible prioridad de Finlay en la enunciación de la teoría y la demostración práctica de la transmisión de la fiebre amarilla por el mosquito (véase su carta a Finlay más adelante) (Bibl. 47).

Durante su estancia en Madrid, con motivo del mismo Congreso, dicta en el Ateneo de la capital española, el 29 de abril, una conferencia sobre «Profilaxis de la Fiebre Amarilla» (Bibl. 71).

Y le pide, durante el viaje a España del doctor Santos Fernández, conforme lo expresa en la misma carta anterior, que obtenga a su regreso a Cuba: «... les documentos necesarios para que la Legación me provea de carta de ciudadanía cubana, puesto que yo no me inscribí...»

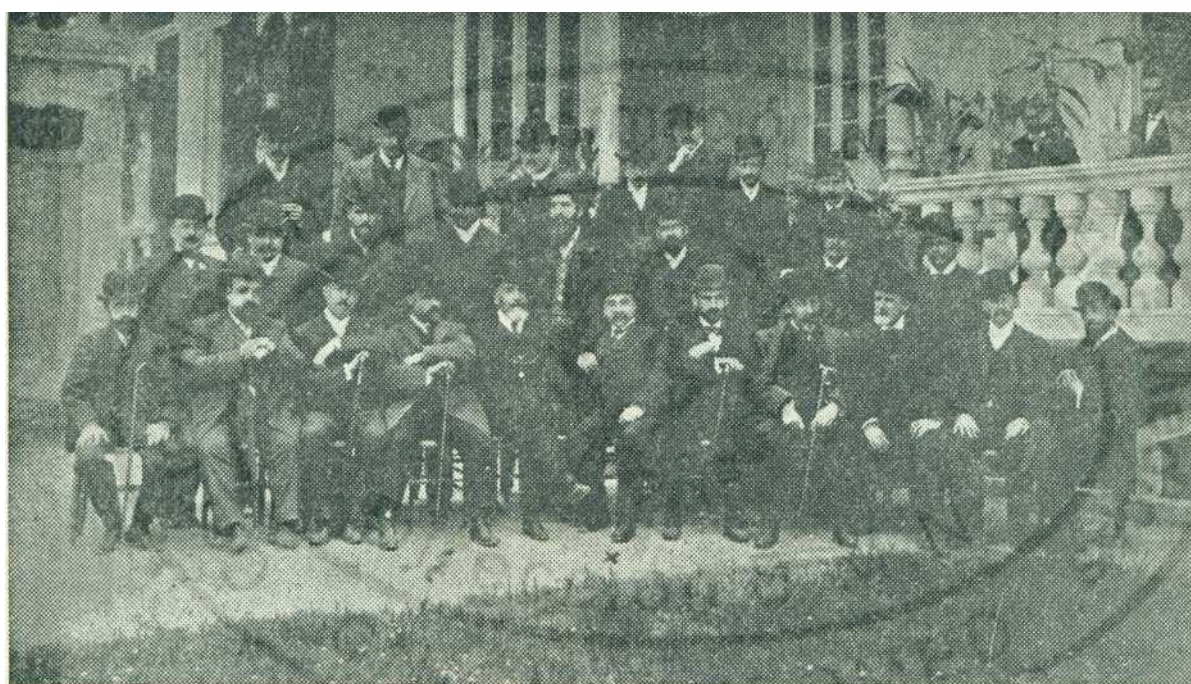
De aquella época de sus triunfos en la Península, es el banquete en los Campos Elíseos, con que lo festejaron compañeros y amigos de Gijón, en donde diera, además, una conferencia, con gran éxito, sobre tuberculosis.

Pero es de sobra conocido que «no siempre al saber acompañar la fortuna» y que, por lo general, la ciencia de Esculapio no suele ir acompañada de los dones de Mercurio. Y es así que el doctor Claudio Delgado, indiscutido triunfador donde quiera que ejerciera el noble apostolado de su profesión, no fue afortunado en los negocios y a pesar de los hermosos augurios y de sus optimismos de hombre bueno y entusiasta, puestos de relieve en sus cartas a Finlay ya citadas; y a pesar de la honorabilidad y leal amistad de su socio industrial, don Antonio Díaz Blanco, Delgado pierde totalmente los \$18,000 que había invertido en aquella empresa y tras una permanencia en España de cuatro años y medio, regresa de nuevo a Cuba, en unión de toda su familia, en diciembre de 1904, según asegura el doctor Picaza:⁽¹⁾ «llamado por Finlay, entonces jefe de la Sanidad Cubana, para combatir un brote de fiebre amarilla y como inspector a sus órdenes, permaneció hasta el año 1909.»

Y a luchar de nuevo en un medio ambiente profundamente distinto de aquel en que había ejercido desde la fecha de su graduación, en plena República ya, con gran número de años sobre sí y con un farrago aún más pesado de amarguras, incomprensiones y adversidades.

Como resultado de aquel cambio de ambiente, sus actividades disminuyen considerablemente a partir de entonces y, ni en la Academia de Ciencias resuena ya más su sabia voz, ni en las publicaciones científicas aparecen sus frecuentes contribuciones de otros tiempos.

Los «tristes desengaños sufridos al cesar Finlay en su vida activa como jefe superior de Sanidad de la República... que indujeron al doctor Delgado a retirarse a la vida privada, la que no quiso abandonar ya más...», a que se refiere Le Roy en su «Homenaje», tantas veces citado (Bibl. 4); aquel «episodio desagradable —que el propio Le Roy menciona— y el final de aquella vida dedicada por entero y con abnegación a la causa de la Medicina cubana... de penosa recordación; abandonado por los que creyó amigos...» son dignos de citarse aquí con algún detalle, aunque no sea más que a modo de desagravio y como triste y doloroso epempro que precisa evitar en el



Comensales que asistieron al banquete en el club «Campos Elíseos» en Gijón (1903), con motivo de la conferencia que dió en aquella ciudad el Dr. Claudio Delgado, que aparece al centro.

futuro y que lo sitúa en el verdadero *papel de Cirineo* que él mismo se aplicaba en una de sus viejas cartas al maestro.

Colocado en una modesta posición sanitaria, hacía frecuentes viajes al interior, en los que se veía precisado a sufrir las inclemencias del tiempo, los malos caminos, y hasta los peligros, a su edad y con su falta de costumbre, de montar a caballo, obtenidos aquí y allá, para cumplir deberes sanitarios en pleno campo.

Un día fue llamado al despacho del entonces secretario de Sanidad, quien le aconsejó que presentara su renuncia, para evitar así la cesantía que era de necesidad, por conveniencias políticas del momento. Su espíritu, viejo y cansado, se rebeló una vez más, contra tamaño injusticia y entonces fue cuando escribió la carta que hemos calificado de hermosa, por su civismo y su valor, en que se niega a presentar su renuncia y elige el aceptar la esperada cesantía. Y ésta llegó por fin, durante el mes de febrero de 1909.

Un eclipse total parece amenazar aquella luminaria de la ciencia. Ni en las instituciones científicas que otrora hiciera brillar con su intelecto, ni en la misma intimidad del santuario de su hogar, hemos podido encontrar vestigios de sus actividades durante la etapa de su segunda permanencia en Cuba.

«No era hombre de este mundo», nos dicen sus familiares más allegados, hablando de la bondad, del espíritu de resignación, y del perdón y olvido que bien pronto concedía. He aquí algunas de las frases lapidarias que repetía con frecuencia a su hijo Abelardo: «Después que el hombre cumple con las leyes, de la naturaleza: nacer, crecer y reproducirse, no tiene ya necesidades», y «el hombre, mientras menos necesidades tiene, más se acerca a la divinidad».

Y se vislumbra la hora de su partida. Cansado, viejo y enfermo, en su domicilio de la calle Monte 503, una mañana dominical cuenta a su esposa y a su hijo, con la lucidez mental que lo acompañara hasta sus últimos momentos, que acaba de despertar de un dulcísimo sueño que lo había transportado al lugar de su nacimiento, San Sebastián, donde, en medio de paisajes y perspectivas encantadoras, contemplaba los progresos de su ciudad natal, que lo solicitaba con la cálida llamada del terruño. A él parecían dirigidos aquellos sentidos versos:

*Y no hay nada que dure tanto,
Como ese bendito encanto,
Del hogar donde se nace...*



Los doctores Leopoldo Dulzaide, jefe local de Sanidad de Unión de Reyes., Claudio Delgado y José A. López del Valle, cuando actuaban como Comisionados Sanitarios combatiendo epidemias en la zona de Alacranes, Bolondróa y Unión de Reyes (1906 - 1907)

A partir de esa mañana dominguera amplia y luminosa, interior y exteriormente, todas sus ideas, su manía, su obsesión, era poder admirar de nuevo, por última vez —él lo decía— las queridas tierras del solar hispano. Debido a ello, encomendó a su hijo, visitara las oficinas de la Compañía Transatlántica Española y comenzara los trámites de obtención del pasaje, pero pensando Abelardo que se trataba de un capricho transitorio lo que su padre pretendía, le dio excusa tras excusa, invocando la intensidad de sus estudios universitarios, etc., pero don Claudio, no conforme, llamó a su gran amigo José Gogorza, organista y compositor de música y lo comprometió formalmente a gestionárselo. Su esposa y su hijo, en lenguaje cariñoso, pretendieron disuadirlo de sus intenciones, invocándole su avanzada edad (72 años), una enteritis crónica que padecía, la gravedad, por aquellos días, de la anciana madre de doña Dolores, la proximidad de los exámenes de Abelardo para pasar el último año, y hasta la existencia de un verdadero peligro en los viajes por mar, pues se hallaba en su justo medio la Primera Guerra Europea (1916) y resultaba cosa frecuente, el hecho de ser torpedeado hasta barcos de bandera neutral. Pero nada valió. Su ancestro vasco, dio, una vez más, muestra de su existencia y así lo vemos, a pesar de todas esas dificultades y contratiempos, separándose de su familia, para no volverla a ver y embarcando el 20 de junio para España, a bordo del «Alfonso XIII». Su hijo se abstuvo de comunicarle a doña Lola, que se había enterado de buena fuente, que el barco llevaba gran cantidad de armas y municiones destinadas al ejército francés y que los submarinos alemanes, avisados por radio mediante la amplia red de espionaje en los diversos países, conocían perfectamente de tales cargamentos. Así, pues, sólo se sintió tranquilo cuando recibió desde Gijón, el cable con el anuncio de su llegada. Esa tarde llovía torrencialmente en aquel puerto y la oficialidad del buque, que durante la travesía hiciera muy buenas migas con aquel anciano caballeroso, culto, educado y magnífico «causseur», que mantenía en su derredor continuamente corrillos de pasajeros, compañeros de travesía, oficiales francos de servicio, disfrutando de su grata compañía no le permitió bajar a tierra, bajo la lluvia reinante, sabiendo que don Claudio, como cariñosamente aprendieron a llamarle todos, se hallaba padeciendo de fuerte catarro, adquirido durante la travesía. Muy temprano, al día siguiente, bajó a tierra con su equipaje, cumpliendo el ofrecimiento que hiciera a Lucila Díaz de Sánchez, hija de don Antonio, de visitar a su señora madre, doña Rosa, viuda y a otros hermanos de ella y de llevar sus noticias, así como de satisfacer su íntimo deseo de visitar la tumba del viejo amigo desaparecido, con intenciones de trasladarse después a San Sebastián, meta de su viaje. Pero enterado por Esme-

raída, hija de don Antonio, de que su madre se encontraba fuera de Gijón en «El Barredo», posesión de esa familia en Infiesto, casi a dos horas, por tren, de la ciudad, allí se dirigió también, en cumplimiento de sus promesas y de sus propios deseos. A su llegada se sintió enfermo, teniendo que guardar cama. Allí se encontraba viviendo en aquellos días con su esposa —otra hija de doña Rosa— un joven médico español, que fuera alumno distinguido del gran histólogo don Santiago Ramón y Cajal y que le brindó durante sus últimos días, su más solícita atención. Para demostrar la lucidez mental que mostraba hasta sus últimos instantes, se cuenta que él mismo ordenó una fórmula de su agrado, para unas cucharadas y que, ya fuera del cuarto, el joven galeno que lo cuidaba, consideró que la receta contenía muy escasa cantidad de determinado producto y pensando que resultaría insuficiente, indicó al farmacéutico aumentara algo la cantidad de aquél, pero cuando, recibida la medicina, el buen anciano la tomó, comentó de inmediato, que la preparación había sido variada, pues su sabor así se lo había denunciado y con la sonrisa en los labios, después de recibir la confesión del doctor de que en efecto había variado la fórmula, lo reconvino afectuosamente, asegurándole que la cantidad que él había prescrito era la que su estado y organismo requerían.

El doctor Claudio Delgado falleció el 13 de julio de 1916, a los 73 años de edad, asistido como acabamos de ver, por un profesional médico de sólida preparación y rodeado del afecto y la solicitud de la señora viuda de Díaz Blanco y de sus hijos, que no omitieron nada que pudiera necesitar en sus últimos días de vida.

Su familia en Cuba recibió un primer cable, a través del señor Marino Díaz, notificándole la gravedad de don Claudio. La respuesta de doña Lola, fue la siguiente: «Cablegrafía diariamente proceso gravedad Delgado.» Pero el segundo cable dio a conocer la nueva fatal.

El último telegrama de la señora viuda, redactado en inglés para evitar retrasos de traducción, etc., por la censura debida a la guerra, decía así: «Deseo que los restos del querido Delgado, descansen en el panteón Valle, cerca de su mejor amigo. Conteste si surge alguna dificultad.»

Su cadáver fue embalsamado, siguiendo instrucciones de la viuda de Díaz Blanco y colocado en nicho empotrado en una pared del cementerio del pueblo de Valle, junto a otro nicho igual en que reposaban los restos de su amigo de juventud, cuando, aún rapazuelo, le enseñara teneduría de libros allá en Cienfuegos.

A los tres meses de su muerte, bien porque el encargado por él de depositarla en el buzón de Santander o la Coruña, la retuviera cierto tiempo por



Llegada a los muelles de La Habana, del féretro conteniendo los restos del Dr. Claudio Delgado. Los números corresponden a: 1) Sra. Dolores Alonso Vda. de Delgado; 2) Dr. Abelardo (su hijo); 3) "Avelino González, presidente de la Asociación de Dependientes del Comercio de La Habana. En la foto también el Dr. Gerardo Martínez Pedroso, el Sr. Secundino Baños y otros.



Capilla ardiente en que estuvieron expuestos los restos del Dr. Claudio Delgado, en los salones de la Asociación de Dependientes del Comercio de La Habana.

olvido, o bien porque les azares de la guerra la desviara en algún sentido, con fines de censura, o por simples demoras de correos por la propia guerra, es lo cierto que, a peder de la familia, llegó con notable retraso, una carta escrita aún a tordo, con el ánimo elevado y contento, dándole cuenta de su maravillosa travesía.

Cuando el «Alfonso XIII» volvió a entrar por el puerto de La Habana, de retorno del viaje en que condujera al doctor Claudio Delgado, su hijo subió a bordo, y, en entrevista con la oficialidad y tripulantes, pudo conocer muchos datos interesantes de su travesía; todo ellos lamentaron la muerte del buen anciano que tentó los entretuvo y al que admiraron tanto durante el viaje a España; parecía encontrarse en excelentes condiciones de salud física y todos se bac'an eco de su simpatía personal, cultura e ilustración y recordaban su última noche a bordo, ya anclados en Gijón, casi vacío el barco de pasaderos, cuando la lluvia y el amistoso requerimiento de la oficialidad, lo convencieron de permanecer con ellos.

Años más tarde, en 1924, su viuda e hijo escribieron a España, solicitando la exhumación de sus restos y su traslado a Cuba. El hijo de don Antonio Díaz que se encontraba en España, se encargó de los trámites y, ya en Cuba, informó a sus familiares que el cadáver, al ser extraído de su nicho, se encontraba como si estuvie a acabado de enterrar.

Cuando el «Flandre», de la Trasatlántica Francesa, se acercaba a las costas de Cuba, su hijo, Abelardo, solicitó y obtuvo del entonces secretario de Sanidad y Beneficencia del gobierno del presidente Zayas, doctor Enrique Porto, toda clase de facilidades para evitar dificultades a su arribo, que tuvo efecto el 6 de octubre de 1924.

El mismo secretario, de avanzada edad, lo acompañó en las gestiones necesarias, puse la familia carecía de documentos para su entrada en el país. Durante el tiempo que invirtieron juntos, el doctor Porto contaba al doctor Delgado (hijo), que hacía largos años se presentaron en el laboratorio en que él trabajaba, los doctores Finlay y Delgado (padre) solicitando unos tubos que contenían vacuna antivariolosa. El que más tarde fuera notable ortopédico cubano, conocedor por aquel entonces de la persistencia de aquellos dos respetables compañeros en sostener una teoría en la que nadie creía, se conformó con entregarles lo que solicitaban, saldarles respetuosamente cuando los despedía y quedarse cementando más tarde, qué sería lo que entre sí hablaban con tanta animación y qué pretendían con aquel virus, aquella pareja de visionarios que parecían permanecer lejos, muy lejos —como en realidad lo estaban— del resto de sus semejantes.

Don Avelino González Sarabia, entonces presidente de la «Asociación de Dependientes del Comercio de La Habana», adelantándose por algunas horas 3 los dirigentes de otras sociedades regionales que lo trataron de obtener después, solicitó de la señora viuda y del hijo del doctor Claudio Delgado, que se le autorizara, a nombre de la institución que él representaba, para tender y rendir honores a tan preciados restos. Doña Dolores pretendía negarlo primeramente, recordando la mayor de las virtudes de su esposo: la modestia, la sencillez, la falta de vanidad, pero su hijo Abelardo, se puso de parte del peticionario, recordándole a aquélla que su nombre, su fama, la gloria a que se había hecho acreedor, le hacían ya pertenecer a la comunidad en que había desenvuelto su actuación durante tan largos años. Y en el palacio social y de Prado y Trocadero, permaneció tendido su cadáver desde la misma mañana de su llegada hasta la tarde siguiente.

El sepelio resultó solemne. Una banda de música del Ejército y otra de la Casa de Beneficencia, de la que fuera vocal perpétuo, conforme hemos visto ya, acompañó el cortejo hasta el cementerio; las educandas del plantel «Concepción Arenal» arrojaron flores sobre el féretro, al pasar por la antigua Estación de Villanueva. La despedida del duelo, estuvo a cargo del reverendo padre Eustasio Urra, uno de los jesuitas inoculados por Finlay y tratado y curado por el doctor Claudio Delgado. Su antiguo paciente, mientras con palabra triste enaltecía su memoria respetable, mantenía en sus manos la historia clínica, su propia historia, que había confeccionado, con gran lujo de detalles y su característica acuciosidad, aquél cuyo entierro se efectuaba.

Finalmente fue depositado y reposa para siempre en tierra cubana en: «... esa tierra de cuyas alegrías y desventuras participara, esa tierra cubana que tanto tenía que amar su corazón, donde se deslizaron los más y los mejores años de su existencia, al calor de afectos tan dulces, tan arraigados y cordiales como el que Finlay le dispensara; el cuerpo del que siendo español de nacimiento y honra y prez de la noble familia hispana, pedía su carta de ciudadanía: «puesto que era su voluntad conservar la ciudadanía cubana».

. Los restos del doctor Claudio Delgado y Amestoy, descansan en La Habana, en un panteón que su familia posee en el cuartel N.O., cuadro N^o 8, bóveda N^o 2, del cementerio de Colón.

Su familia guarda, como sagradas reliquias, estas fotografías que en su conjunto corresponden: al sacerdote que lo auxiliara en sus últimos instantes; la casa del cortijo en «El Barredo», adonde el destino lo llevó a



Panteón donde reposan los restos del Dr. Claudio Delgado en el Cementerio de Colón.

morir; el pasillo interior que conducía a su habitación; y la alcoba misma y hasta la cama en que pasó su enfermedad y entregó su alma, aquel hombre ejemplar, aquel esposo, y padre modelo, aquel médico distinguido, aquel sabio eminente que fue él solo, el único, el imprescindible colaborador de Carlos J. Finlay y de Barrés, en el mayor descubrimiento que jamás se hiciera en el campo de la Medicina Tropical: el de la transmisión de enfermedades del hombre enfermo al hombre sano, por intermedio de un insecto vector.

Entre los honores o tributos postumos que se le han dedicado al doctor Claudio Delgado, citaremos: 1) Un busto que le fue erigido a la diestra del de Finlay, en el parque Finlay, que fue inaugurado como el de aquél, el 17 de mayo de 1921, frente al edificio que hoy ocupa el Ministerio de Salubridad y Asistencia Social; 2) Una lápida de bronce en que aparecen, en alto relieve: Finlay, Delgado, Agrámente, Gorgas, Guiteras y Lazear, dedicada por el Centro Asturiano de La Habana, en el pabellón central «Asturias», de su casa de salud «Covadonga», y que fue develada el 8 de septiembre de 1926; 3) Un medallón de bronce en alto relieve, que fue develado en el

salón de actos del Instituto Finlay, el 6 de septiembre de 1945; 4) Un medallón de bronce, develado el 3 de diciembre de 1952 en el campamento «Lazear», en Pogolotti, Marianao.

En la sesión especial de la Academia de Ciencias, del 3 de diciembre de 1941 y dedicada al natalicio de Finlay, el doctor Saturnino Picaza y Pino, que tuvo a su cargo la Oración Finlay, dedicó su discurso al doctor Delgado y terminó al hacerlo:

«...Rinde también esta docta corporación, en edificante ceremonia, tributo de admiración, respeto y amor, a la memoria del doctor Ramón Claudio Delgado y Amestoy, médico eminente, académico de mérito de esta casa, donde dejó huella luminosa... Por esa labor ingente, como se ha visto, a favor de nuestra cultura, por su abnegación en el cumplimiento del deber, no vacilamos en colocar su nombre, como una estrella de primera magnitud, en la constelación de españoles ilustres, que como Las Casas, Ramírez, Alonso Fernández, Espada, Zapata, Sánchez Bustamante, Fernández Cubas, Capdevila, Campos y otros, no derramaron la sangre de sus hermanos, y dejaron una estela luminosa, siempre bendecida, en esta tierra... Tanto por su inteligencia, que lo hizo acreedor a que se escribiera su nombre en las páginas de la Historia, brilló el doctor Claudio Delgado, por una virtud acrisolada, cuyo



Sra. Dolores Alonso Vda. de Delgado y su hijo el Dr. Abelardo Delgado Alonso.

recuerdo, como presea de valor inestimable, guarda con orgullo la Medicina cubana. Recordarlo siempre en vuestro pensamiento, en su puesto de honor, en la diestra del Maestro, abrazado a su espada, como los caballeros de otro tiempo, con el gesto magnífico de protegerlo con su vida... Si deambulando por las avenidas de la necrópolis de Colón, el azar os llevara al lugar donde reposa, una inscripción lapidaria que dice: 'E.P.D. Claudio Delgado', os revelará como fue, y la tranquila armonía que envuelve su tumba, os advertirá que allí yace un caballero.»

